UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

II

El don transmitido

Un hombrecillo estaba sentado en un cuartito, separado de una tiendecilla por un biombito todo cubierto de pedacitos de periódicos.

En compañía de este hombrecillo había un número incalculable de niñitos; al menos producían este efecto, por lo mucho que se multiplicaban en una esfera de acción tan limitada.

Dos de los niños que componían esta pequeña reunión habían sido metidos en una cama, situada en un rincón, gracias á algún medio violento, y hubiesen podido dormir bastante bien, á no ser por su natural propensión á permanecer despiertos y á moverse en la cama como fuera de ella. La causa actual de sus excursiones al mundo de los despiertos nacía de la construcción de una muralla, hecha con conchas de ostra, en un rincón del cuarto, por otros dos muñecos. Los que estaban acostados bajaban frecuentemente de la cama para atacar esta edificación, después de lo cual se retiraban á su propio territorio.

Para aumentar el escándalo producido por estas invasiones y por las represalias ejercidas por los sitiados, que perseguían calurosamente

á sus adversarios y destrozaban las sábanas y cobertores, debajo de los cuales buscaban refugio los merodeadores.... otro niño, desde otra cama, contribuía por su parte á esta confusión de familia, arrojando los zapatos y un sinnúmero de objetos, inofensivos en sí, pero poco blandos, considerados como proyectiles, á la cabeza de los perturbadores de su reposo, los cuales no se tomaban el trabajo de ser condescendientes para con él.

Más allá, otro muchacho, mayor que los otros, pero pequeño también, se movía en todos sentidos y andaba de un lado á otro fastidiado y aburrido con el peso de un grueso muñeco, á quien quería adormecer meciéndolo, sistema que goza de cierto crédito en todas las familias.

Pero era preciso ver la contemplación curiosa y sin límites con que los ojos, desmesuradamente abiertos del muñeco, se preparaban á mirar por encima del hombro de su viviente cuna.

Era realmente un pequeño Moloch, en cuyo insaciable altar se ofrecía, diariamente en sacrificio, la existencia entera y verdadera de su hermano.

Se puede decir de su personalidad, que consistía en no permanecer nunca en reposo, ni siquiera cinco minutos, fuese cual fuese el punto en que se encontrase, y en no dormir nunca cuando á ello se le invitaba El *muñeco de Tetterby*, era tan conocido en la vecindad como el cartero y el vendedor de la leche.... Andaba de puerta en puerta en brazos de Juanito Tetterby; callejeaba todo el día desde el lunes por la mañana al sábado por la tarde, detrás de los muchachos que seguían á los titiriteros y las monas, y llegaba, para ver sólo por un lado, siempre tarde para alcanzar las cosas divertidas. En todas partes donde los niños se reunían para jugar, el pequeño Moloch hacía que Juanito le tuviese en brazos.

Si Juanito deseaba quedarse en alguna parte, el pequeño Moloch se insurreccionaba para hacerle marchar. Cada vez que Juanito tenía ganas de salir, Moloch se dormía y era preciso permanecer á su lado. Cuando Juanito tenía ganas de quedarse en casa, Moloch estaba despierto y no cesaba hasta que se hacía llevar á paseo. A pesar de todo esto, Juanito estaba completamente persuadido de que Moloch era una criatura perfecta, que no tenía parecido en todo el reino de Inglaterra y se hallaba muy satisfecho de entrever vagamente los objetos por encima de la ropa ó del gorrito de Moloch, y no menos satisfecho de andar de acá para allá y con paso inseguro, con su fardo en brazos, como un mozo de cuerda que lleva un gran bulto sin dirección y del que, en ninguna parte, se puede desembarazar.

El hombrecillo estaba sentado en la habitación, tratando, aunque en vano, de leer tranquilamente su diario en medio de aquel escándalo. Era el padre de la familia y jefe de la casa comercial, cuya razón social estaba escrita sobre la puerta de la tiendecita bajo el nombre y título de A. TETTERBY Y COMP. VENDEDORES DE PERIÓDICOS.

En verdad era el único individuo que respondía á esta denominación; la palabra *compañía* no era allí más que una simple atracción poética, sin ninguna realidad.

La tienda de Tetterby estaba situada en un extremo del barrio de Jerusalem. A la puerta del establecimiento se veía una muestra escojida de literatura, que consistía principalmente en antiguos números de periódicos ilustrados y novelas de piratas y ladrones, por entregas. Algunos bastones y bolitas de mármol formaban también parte de este comercio que en otros tiempos había tomado grandes proporciones. Efectivamente, en los pasados años se habían vendido bombones y confites, mas parece que este artículo de lujo no era muy buscado en el barrio, porque en el escaparate no quedaba de aquella rama del comercio más que un tarrito de vidrio, conteniendo una confusa masa de figuritas de azúcar que se habían fundido en verano y congelado en invierno; así es que no había la menor esperanza de poderlas sacar del recipiente, ni de comérselas, sin comerse el tarro.

La casa Tetterby había ensayado diferentes industrias; en otro tiempo debía haber abordado el comercio de juguetes de niños, porque en otra redoma se veía una gran cantidad de muñequitas de cera, puestas unas sobre otras y revueltas en la más espantosa confusión, con las cabezas hacia bajo y los pies arriba, y en el fondo un precipitado de piernas y brazos rotos.

La casa Tetterby seguramente también se

había dedicado al comercio de modas, como lo atestiguaban algunos armazones de sombreros hechos de latón. Igualmente debía haber procurado encontrar algunos recursos en el comercio de tabacos, á juzgar por un dibujo colgado en la tienda, el cual representaba un habitante de cada una de las tres partes integrantes del reino británico, cada uno de los cuales estaba ocupado en el consumo de esta planta aromática. Debajo del dibujo se leía una poética leyenda, cuyo sentido era que los tres estaban allí sentados y unidos por la misma causa: el uno fumaba, el otro mascaba tabaco y el otro tomaba rapé.

Que la casa había tenido confianza en el comercio de bisutería, podía deducirse porque detrás de un cristal se veía una caja llena de sellos comunes y de otros objetos de fácil venta, los cuales se habían quedado allí sin compradores. En una palabra, la casa Tetterby había hecho numerosos ensayos para enriquecerse; pero estos múltiples ensayos habían sido tan infructuosos, á juzgar al menos por las apariencias, que en la asociación, sólo *y compañía*, había sacado la mejor parte de los beneficios, porque *y compañía*, como creación inmaterial, no experimentaba, los vulgares inconvenientes del hambre, ni de la sed, ni tenía contribuciones que pagar, ni niños á quienes alimentar y educar.

Mientras tanto Tetterby, sentado en su cuartito, como anteriormente le hemos visto, advertido de la presencia de su joven familia, de una manera sobrado ruidosa para que le

fuese permitido sustraerse á aquel pensamiento ó leer tranquilamente su diario, dejó sobre la mesa el que tenía en las manos, dió algunas vueltas alrededor del cuarto con aire distraido, tratò inutilmente de cojer por el pescuezo á alguno de los muñecos que, al correr, se le enredaban en las piernas, y precipitándose de pronto sobre el único miembro inofensivo de la familia, sobre el que le servía de niñera al pequeño Moloch le tiró fuertemente de las orejas.

—¡Mala pieza!—exclamó Tetterby—¿No tenéis ninguna consideración con vuestro pobre padre, después de las muchas fatigas que pasa desde las cinco de la mañana, á pesar del frío que hace? ¡Habéis osado interrupir su reposo *sin dejarle saborear las noticias de última hora*, con vuestros ruidos!... ¿No tenéis bastante caballerito, con que vuestro hermano Adolfo se vea expuesto á la niebla, al frío y á la lluvia, mientras vivís en la molicie con.... con una criatura en brazos, que es cuanto se puede desear?... ¿Es preciso que además convirtáis la casa en un infierno y hagáis volver locos á vuestros padres?... ¿Es esa tu intención, Juanito? ¡cuidado pues!...

A cada interrogante, Tetterby había hecho señal de tirar nuevamente de las orejas; pero reflexionó y se detuvo.

—¡Padre!—dijo Juanito lloriqueando—yo le aseguro que no he hecho nada y que he pasado la noche meciendo á Sally para que se durmiese....

—¡Quisiera que entrase ahora mi mujercita!

—dijo Tetterby, calmándose repentinamente. —¡No quisiera más si no que entrase ahora mi mujercita! ¡Me hacen perder la cabeza y no se que hacer con ellos! Vamos á ver, Juanito, ¿no es verdad que vuestra madre os ha traido esta hermanita?—continuó señalando á Moloch,—¿no es verdad que *después de haber tenido siete muchachos*, sin sombra siquiera de una niña, vuestra buena madre ha padecido lo que ha padecido, para que al fin tuvieseis una hermanita? ¿Y después de todo esto, aun os portáis con nosotros de manera que nos haréis perder la cabeza?

A medida que excitaba sus sentimientos y los de su hijo, injustamente castigado, Tetterby iba tranquilizándose y acabó por darle un abrazo; después se puso en persecución de los verdaderos delincuentes. Tras de una especie de batida por entre las sillas y las mesas, por debajo y encima de las camas, consiguió cojer á uno de los muñecos, á quien castigó como se merecía, y le metió entre las sábanas.

Este ejemplo fué de muy saludable influencia y hasta cierto punto soporífero para el que tiraba los zapatos, porque instantáneamente cayó en un profundo sueño, á pesar de que un momento antes de este episodio estaba muy despierto y vivaracho. Obedeciendo á la misma influencia, los dos jóvenes arquitectos se metieron en seguida, y casi furtivamente, en sus camas, colocadas en un cuartito inmediato. El compañero del muchacho castigado se había refugiado también debajo de sus sábanas con las mayores precauciones, de manera

que Tetterby, que acababa de detenerse para tomar aliento, se encontró de un modo inesperado en una verdadera calma chicha.

—¡Mi misma mujercita—dijo Tetterby, pasándose la mano por la cara—no hubiese alcanzado mejores resultados! ¡Hubiese preferido, sin embargo, que mi misma mujercita se hubiera encargado de la pacificación!

Tetterby se puso en seguida á buscar en su mampara una cita propia de las circunstancias y capaz de causar impresión en la imaginación de los niños. Acto continuo leyó en alta voz.

—*Es cosa generalmente sabida que todos los hombres notables han tenido por madres mujeres también notables y que las han respetado después de su muerte como á sus mejores amigas.* ¡Pensad vosotros tambien, hijos mios, en vuestra notable madre—dijo Tetterby—y apreciadla en su justo valor, aun cuando se halle todavía entre vosotros!

Dicho esto sentóse de nuevo en la silla que había colocado cerca del fuego; después, cruzando las piernas, se arrellanó como para leer el periódico.

—Si alguno de vosotros se atreviese á salir de la cama, sea el que fuere—dijo Tetterby á manera de ploclama y con una voz llena de emoción—*será castigado conforme su delito merezca!*

Este último miembro de la frase debía haber sido escojido entre los que cubrían la mampara.

—Juanito, hijo mio—añadió—ten cuidado

de tu hermanita porque es el mejor florón de tu corona juvenil.

Juanito se sentó sobre un taburete y se dobló con verdadero desfallecimiento bajo el peso de Moloch.

—¡Ah! qué gran dicha es para tí el tener esta criatura, y cuán agradecido debieras estarle! *Generalmente se ignora*, Juanito—dijo Mr. Tetterby apoderándose de una nueva cita del biombo—*generalmente se ignora (por más que este cálculo esté basado en los datos más exactos) que los niños no llegan á la edad de dos años en la proporción siguiente, es decir...*

—¡Oh! no digáis nada más—dijo Juanito llorando—Eso me hace un gran daño cuando me acuerdo de Sally.

Mr. Tetterby se detuvo y Juanito, comprendiendo más que nunca la responsabilidad que sobre él pesaba, enjugóse los ojos y se esforzó para hacer callar á Moloch.

—Nuestro hermano Adolfo tarda mucho esta noche, Juanito—dijo el padre atizando el fuego—volverá á esta casa desabrigada y fría hecho una pelota de nieve. ¿Y vuestra preciosa madre?

—¡Padre, creo que ya está ahí!... ¡Sí, viene con Adolfo!...—exclamó Juanito.

—Tienes razón—añadió Tetterby, prestando atento oido—sí, conozco los pasos de mi mujercita.

Mr. Tetterby no había dicho nunca á nadie por qué procedimiento de inducción había llegado á averiguar que su esposa era una mujercita, cuando de ella podían hacerse muy

bien dos ejemplares como su marido. Considerada como individuo, llamaba la atención por su grande estatura y su extraordinaria robustez; pero en comparación de su marido tomaba unas proporciones inmensas, que no perdían nada de su aspecto proporcionalmente á la estatura de sus siete hijos que eran muy pequeñitos. Sally era la única que quedaba exceptuada, por ser la más parecida á su madre, cosa que nadie sabía mejor que Juanito; esta pobre víctima que pesaba y medía á todas las horas del día aquel exigente ídolo.

Mistress Tetterby, que acababa de hacer algunas provisiones y que llevaba una cesta, echóse hacia atrás el chal y el sombrero. Después, sentándose como una persona muy fatigada, diole orden á Juanito para que le trajese á Sally con el objeto de darla un beso.

Después de haber ejecutado esta orden, Juanito volvió á su taburete; pero apenas había recobrado su penosa postura, cuando Adolfo Tetterby, meciéndose lánguidamente en su asiento, se apresuró á pedir el mismo favor. Juanito tuvo que obedecer á este deseo y volver á su taburete para reinstalarse en él como la vez primera. Sorprendido Mr. Tetterby, por un pensamiento repentino, hizo la misma reclamación afectuosa. El desgraciado Juanito prestóse por tercera vez á esta exigencia; pero se sintió tan extenuado que apenas tuvo fuerza para llegar al taburete y tomar su actitud habitual, suspirando y con los ojos fijos en su cara familia....

—Vete con mucho cuidado, Juanito—dijo

mistres Tetterby moviendo la cabeza—cuida mucho de tu hermanita, porqué de lo contrario te las entenderás conmigo.

—Y conmigo—dijo Adolfo.

—Y conmigo—añadió Tetterby.

Muy afectado por esta amenaza condicional Juanito arrojó sobre Moloch miradas llenas de solicitud, le pasó la mano por el cuello con mucha precaución y la meció sobre sus rodillas.

¿Adolfo hijo mío, estás mojado?—preguntó Tetterby.—Acércate, siéntate en mi silla y te secarás.

—No, gracias, padre—respondió Adolfo enjugándose con las manos—Creo que no estoy muy mojado, ¿Tengo la cara muy lustrosa, padre?

—Como si fuese de cera.

—Es el frío, padre—dijo Adolfo enjugándose las mejillas con la manga de su usada chaqueta.—Con el viento, la nieve y el granizo tengo todo el aspecto de un bandido. ¿No es verdad?

Adolfo había seguido la misma carrera que su padre. Estaba empleado en una casa más sólida que la casa *Tetterby y Compañía* y vendía periódicos en una estación de ferro-carriles donde su pequeña figura, hinchada como la de un Cupido haraposo y su vocecita aguda (no tenía más que diez años), era tan conocida como las locomotoras que rugían en el desembarcadero. Su extraordinaria juventnd hubiese hecho sin duda muy penoso este género de comercio, si por fortuna no hubiera descubierto un medio de hacer agradable su ocupa-

ción y de variar sus placeres todas las horas del día sin abandonar por ello sus asuntos.

Este ingenioso invento, notable como otros muchos grandes descubrimientos, por su extraordinaria sencillez, consistía en cambiar la segunda vocal de la palabra *diario* y sustituirla durante todas las horas del día por las demás vocales, en su sucesión gramatical. Por ejemplo, en invierno y antes de despuntar el día, corría en todos sentidos con su casquete, su abrigo de tela encerada y su enorme funda para la nariz, cortando el aire congelado con este grito: *¡Diario de la mañana!* Una hora antes de medio día este grito cambiábase por el de *¡Dierio de la mañana!* Allá á las dos, en *¡Diirio de la mañana!* Dos horas más tarde, en *¡Diorio de la mañana!* y, por fin, al terminar el día, en *¡Diurio de la noche!* con gran contentamiento del muchacho que encontraba no pequeña diversión en este cambio de ejercicios.

Su madre, mistres Tetterby, sentada con su chal y su sombrero echados hacia atrás, estaba ocupada en estos momentos en dar vueltas y revueltas á su sortija nupcial alrededor del dedo. Por fin se levantó, y quitándose el traje, puso los cubiertos para cenar.

—¡Ah! ¡Dios mío, Dios mío!—dijo mistres Tetterby.—¡Así vá el mundo!

—¿Cómo vá el mundo, querida mía?—interrogó Tetterby, mirando á su alrededor.

—De ninguna manera.

Mr. Tetterby arqueó las cejas, dobló el periódico, lo volvió á desdoblar, y pasó los ojos

por encima de él en todos sentido, pero sin leer una sola línea. ¡Tan preocupado estaba!

Mientras tanto mistress Tetterby puso los manteles, agitándolos de tal suerte, que más bien parecía castigar la mesa, que preparar la cena de su familia. Despues la golpeó con los cuchillos y tenedores, la agitó con las sillas, la hizo temblar con el salero y casi la rompió con el peso del pan, arrojado con mano vigorosa.

—¡Ah! ¡Dios mío, Dios mío!—repitió—¡Así vá el mundo!

—Palomita mía—dijo Tetterby, paseando de nuevo sus miradas por la habitación—es la segunda vez que dices eso. ¿Que le pasa al mundo.?

—¡Nada!—contestó misstress Tetterby.

—Sofía—dijo el marido, recalcando la frase—esta es la segunda vez que repites lo mismo.

—Y lo repetiré cien veces, si me parece bien. ¡Nada! ¡Nada! ¡Nada! ¿Estás contento?

Mr. Tetterby miró á su querida mitad y le dijo con cierta mezcla de dulzura y asombro:

—Mujercita mía, ¿por qué te has encolorizado?

—¡Eso yo lo sé! No me hagas ninguna pregunta... ¿Quién dice que estoy incomodada? Eso no es verdad.

Mr. Tetterby, descorazonado, dejó de mirar el periódico, y se puso á pasear lentamente por el cuarto con las manos atrás, los hombros levantados y, en una palabra, acomodando su andar y sus maneras á sus ideas llenas de re-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

signación. Después, dirigiéndose á sus dos hijos mayores, les dijo:

—La cena estará dispuesta dentro de un minuto, Adolfo. Para comprarla en la casa de comidas, vuestra madre ha dado nuevas pruebas de su inmensa bondad. Juanito, vamos á cenar ahora mismo. Tu madre está satisfecha porque has cuidado de tu querida hermanita.

Mistress Tetterby, sin hacer ninguna observación, pero sin continuar sus hostilidades contra la mesa, dio fin á sus preparativos y sacó de su gran cesta un sustancioso pedazo de *pudding* aun caliente, envuelto en un papel lleno de grasa y un plato cubierto que exhaló un olor tan agradable en el momento mismo en que se le quitó la cobertera, que los tres pares de ojos de los muñecos metidos en la cama se abrieron desmesuradamente y se fijaron en el banquete.

Sin prestar atención á esta petición tácita, Mr. Tetterby repitió lentamente.

—Sí, señor, sí. Vuestra cena estará pronto dispuesta. Para comprarla en la casa de comidas, vuestra madre ha salido á pesar de la lluvia. Al obrar así, vuestra madre ha dado pruebas de su inmensa bondad .

Cuando hubo dado fin á estas palabras, mistress Tetterby, que durante el discurso de su marido había manifestado su arrepentimiento por medio de una expresiva pantomima, le pasó el brazo por el cuello y se puso á llorar.

—¡Oh, Adolfo!—dijo mistress Tetterby,—¿cómo he podido portarme tan mal?

Esta reconciliación afectó á Adolfo y Juanito hasta tal punto que ambos á dos y como de común acuerdo dieron un grito agudo, cuyo efecto inmediato fué el hacer que se ocultasen las cabezas de los muñecos debajo de las sábanas y declarar en vergonzosa fuga á dos de los pequeños Tetterby, que salían de puntillas en aquel momento del gabinete adyacente para observar los progresos del banquete.

—Veraderamente, Adolfo—continuó mistres Tetterby con la voz entrecortada por los sollozos—al entrar en casa no me acordaba más que del niño que aun no ha nacido...

A Mr. Tetterby pareció como que no le gustaba esta metáfora y añadió:

—Vale más que digáis el niño que acaba de nacer, y bastará con ello...

—No me acordaba más que del niño que acaba de nacer—repitió mistress Tetterby—Juanito, en vez de mirarme á mí, mira á tu hermanita; porque si te cae de encima de las rodillas se matará, y entonces te morirás de desesperación y lo tendrás muy merecido... No me acordaba más que de nuestro hijo, cuando venía á casa, y sin saber por qué me he puesto de malhumor...—Mistress Tetterby se calló y dióle vuelta á la sortija alrededor del dedo.

—¡Todo me lo explico!—dijo Mr. Tetterby—mi mujercita tiene un acceso de malhumor. El mal tiempo, la desgracia, el trabajo, producen algunas veces este efecto... ¡Dios mío! ¡Todo lo comprendo! ¡Nada me sorprende!

Adolfo, hijo mio—continuó Mr. Tetterby explorando el plato con un tenedor—he aquí lo que vuestra madre ha comprado: un *pudding*, un pedazo de carne de cerdo muy bien asado y con mucha salsa y mostaza. Acércate y come ahora que aun está caliente.

Adolfo no aguardó á que se lo dijesen dos veces, y después de haber recibido su parte, sobre la que arrojó miradas humedecidas por el apetito, se sentó á la mesa y atacó la cena con voracidad. Juanito no fué echado en olvido, pero le pusieron la cena extendida sobre un pedazo de pan, temiendo que derramase la salsa sobre la criatura. Por la misma causa le mandaron que se metiese el *pudding* en el bolsillo.

Habia más hueso que carne en el pedazo de cerdo fresco cortado por el vendedor, quién habia servido indudablemente mucho mejor á los otros parroquianos; pero la salsa era abundante y la salsa es un accesorio que produce mucha ilusión y que engaña agradablemente al paladar. Bien mirado, el plato en cuestión sabia á cerdo fresco y exalaba un irresistible perfume.

Así se comprende que los muñecos acostados que fingían dormir profundamente cuando los ojos de sus padres estaban puestos en ellos, aprovechasen los momentos en que no les miraban, para saltar fuera de la cama y llamar silenciosamente á sus hermanos, con el objeto de obtener una prueba gastronómica de su afecto fraternal. Estos se presentaban buenamente á ello y por aquí y por allá dis-

tribuían algunos pedazos, lo cual dio por resultado el que una partida de merodeadores en camisa, maniobrase por el cuarto durante toda la noche, con gran disgusto de Mr. Tetterby que dos ó tres veces se vió obligado á dispersar aquellas guerrillas, las cuales huían entonces en todos sentidos en medio de la mayor confusión.

Mistres Tetterby no tuvo muchas ganas de cenar... Parecia preocupada... Unas veces se echaba á reir sin motivo, otras lloraba sin causa para ello. Por fin se puso á reir y llorar á la vez de una manera tan extraña, que su marido no sabía que pensar de todo eso.

—Hija mía—le dijo por fin—si es así como va el mundo, paréceme que va al revés y que acabarás por ahogarte.

—Dame un poco de agua—respondió mistres Tetterby haciendo un esfuerzo—y no me digas nada... en este momento!

Después de haberle dado agua, mister Tetterby volviéndose súbitamente hacia el desgraciado Juanito que lloraba al ver llorar á su madre, le preguntó por qué estaba haciendo burla en vez de acercarse con la niña, cuya vista tranquilizaría á la madre.

Juanito se aproximó en seguida encorvado bajo el peso del muñeco; pero habiendo hecho mistress Tetterby un cierto ademán, como para dar á entender que no se hallaba dispuesta á sufrir tal emoción, le fué prohido á Juanito el dar un paso hacia delante, so pena de incurrir en el odio eterno de todos los suyos; así es que volvió inmediatamente á su

taburete en el que tomó su posición fatigosa.

Después de un momento de silencio mistress Tetterby dijo que se sentía mejor y se echó á reir.

—Mujercita mia—le dijo el marido con aire de duda—¿estás bien segura de encontrarte mejor ó sufrirás nuevos ataques?

—No, Adolfo—respondió mistress Tetterby—me encuentro ya bastante bien.

Luego echándose los cabellos hacia atrás y poniéndose las manos sobre los ojos, se echó á reir.

—¡Cuán loca estaba al tener tales ideas! —dijo.—Acércate, Adolfo, y deja que te explique lo que he experimentado. Esto me consolará... Voy á explicártelo todo.

Cuando Mr. Tetterby hubo aproximado una silla, su mujer se echó á reir otra vez, se enjugó los ojos y abrazó á su marido.

—Ya sabes, Adolfo, que antes de casarme contigo hubiese podido encontrar cien maridos; que tuve hasta cuatro pretendientes á la vez; que dos de ellos eran hijos de Marte...

—¿Hijos de quién?

—De Marte, es decir, soldados.

—¡Ah!

—Pues bien, Adolfo, á pesar de todo te juro que no miro con envidia aquellos tiempos, porque estoy bien segura de haber encontrado un marido á quien quiero tanto como...

—¡Mujercita mía! ¡muy bien! ¡muy bien!..,

Si Mr. Tetterby hubiese tenido la estatura de un gigante y su mujer las formas de una

hada, esta no se hubiese mostrado menos sensible á estas frases de afecto.

—Pues bien, Adolfo, estamos en los días de Navidad, en que todas las personas que disponen de medios se divierten y hacen compras. He ahí por que al recorrer las calles me he sentido triste. ¡Había tantas cosas á la venta, manjares tan deliciosos... tanto dinero que gastar!... Pero yo tenía muchas cosas necesarias á que atender, antes de poderme gastar seis peniques en un capricho! ¡Tenía tan poco dinero para llenar mi cesta de provisiones!... Me aborreces, ¿no es verdad, Adolfo?

—Hasta ahora no veo el motivo.

—Voy, pues, á decir toda la verdad—dijo mistress Tetterby con aire de contrición—y quizás entonces me aborrezcas. Estas ideas me atormentaban de tal manera mientras el frío me hacía andar á saltos y veía á muchas personas más obligadas á calcular como yo para adquirir lo necesario, que me pregunté si para mi felicidad no hubiese sido mejor que... que...

Mistress Tetterby hizo volver y revolver su anillo alrededor del dedo, bajó la cabeza y los ojos.

—Comprendo—dijo tranquilamente Tetterby;—te preguntabas si no hubiese sido mejor para tí el casarte con otro.

—Sí—dijo suspirando mistress Tetterby—eso es lo que yo pensaba. ¿No es verdad que ya me aborreces Adolfo.

—No veo el motivo—dijo Tetterby.

Su mujer le abrazó para darle las gracias y continuó:

—Casi empiezo á creer que no me odiarás, por más que tengo miedo á no haberte dicho aún lo peor. La verdad es que no se, lo que ha pasado por mi imaginación. Ignoro si estaba enferma ó loca... En fin, poco importa... Sin embargo, no podía en manera alguna recordar los hechos de nuestro mútuo afecto; ni podía tampoco resignarme con mi suerte. Todos los goces, todos los placeres que habíamos disfrutado, me parecían tan miserables é insignificantes que los miraba con disgusto. Los hubiese pisoteado... En una palabra, no podía acordarme más que de nuestra pobreza y del número de bocas que teníamos que alimentar.

—Querida mía—le dijo Mr. Tetterby estrechándole la mano para infundirle valor—sin embargo todo eso no es más que la verdad. Somo pobres y en la casa hay muchas bocas que piden pan.

—¡Adolfo! ¡Adolfo mio! — dijo mistress Tetterby llorando y abrazando á su marido—¡ah, mi bueno, paciente y querido amigo, como lo has cambiado todo con tu presencia! ¡Parece como que haya brotado en mi alma un mundo de recuerdos que enternecen mi corazón y lo hacen estallar! Todos nuestros trabajos para ganar el pan de cada día, todos los tormentos y privaciones que hemos experimentado desde el primer día de nuestro matrimonio... todas las horas de disgusto y todas las que he pasado contigo y con mis hijos, parecen hablarme y decirme que ellas han

hecho un solo corazón de nuestros corazones y que yo no hubiese sido, ni querido ser, más que la mujer, y la madre que soy. Aquellos recuerdos tan penosos, que había tratado de arrojar á mis pies, se han convertido á los ojos en hechos tan magníficos é incomparables que no puedo perdonar el haberlos desconocido, y digo y diré cien veces que no se como he podido pensar tales cosas y hacerte con ellas tanto mal!

La buena mujer, en la exaltación de su ternura y de sus honrados remordimientos, lloraba á más y mejor, cuando de pronto se puso á temblar, y dando un grito se escondió tras de su marido.

Su grito revelaba tan grande espanto, que los niños, presa de sobresalto, saltaron fuera de la cama y se agruparon á su alrededor. Sus espantosas miradas se dirigían á la puerta, y su mano señalaba á un hombre pálido, vestido de negro, que acababa de entrar en el cuarto.

—¡Mirad ese hombre!... ¿Qué quiere?

—Eso es lo que voy á preguntarle, si me lo permites—dijo Mr. Tetterby—¡Estás temblando!...

—He visto á ese hombre en la calle cuando he salido de casa. Me ha mirado y se ha dirijido hacia mí. Ese hombre me da miedo....

—¡Miedo! y ¿por qué?

—No se por que.... no.... ¡detente!—exclamó viendo á su marido adelantarse hacia el desconocido.

Con una mano puesta sobre la frente y la otra en el pecho, la mujer era víctima de una

agitación extraordinaria, á la vez que sus ansiosas miradas, parecían buscar un objeto perdido.

—¿Estás enferma?—preguntó Tetterby.

—¡Enferma!... no estoy enferma.

Después se quedó inmóvil mirando al suelo con ojos azorados.

Mr. Tetterby, que en el primer momento no había podido preservarse enteramente de aquel contagioso espanto y que tampoco era víctima de la agitación creciente de su mujer, dirigió la palabra al pálido visitador del traje negro, que permanecía junto á la puerta.

—¿Qué queréis?—preguntó Tetterby.

—Temo—contestó—haberos asustado al entrar aquí sin que de ello os dieseis cuenta; pero como estabais hablando no os habéis fijado.

—Mi mujercita dice, como habréis oido, que no es la primera vez que la habéis asustado esta noche.

—Lo siento. Recuerdo, efectivamente, que la he visto en la calle; pero no tenía intención de asustarla.

En este momento sus miradas se encontraron con las de mistres Tetterby. No es posible imaginar el espanto que la sobrecojió y que se le comunicó al desconocido cuando advirtió el efecto que le producía; sin embargo observó con una atención más y más viva.

—Me llamo Redlaw—dijo—Vengo del colegio situado cerca de aquí. ¿No vive en esta casa un estudiante de ese colegio?

—¿Mr. Denham?—preguntó Tetterby.

—El mismo.

Antes de contestarle, el hombrecillo se pasó la mano por la frente y echó una rápida mirada alrededor de la habitación, como si hubiese notado algún cambio en la atmósfera. Este movimiento natural y de tan escasa importancia, no valía la pena de ser observado; pero en el mismo momento el químico dirigiendo sobre Tetterby la misma mirada terrorífica que antes había fijado en la mujer, dio un paso hacia atrás. Su rostro se había vuelto lívido.

—La habitación de ese joven está encima de esta—añadió Tetterby— Tiene una entrada particular y más cómoda; pero ya que habéis venido por aquí, podéis evitaros el frío de la calle, subiendo por la escalerilla que veréis en el fondo de la habitación. Si deseáis ver al joven, podéis subir por aquí.

—Sí, deseo verle,—dijo el químico.—¿Podéis dejarme una luz?

Sus miradas, azoradas y obscurecidas por una expresión de desconfianza inexplicable, parecieron turbar á Tetterby, el cual á su vez, mirando fijamente al químico, quedóse algunos momentos inmóvil y como fascinado. Por fin, le dijo:

—Si queréis seguirme os haré luz.

—No, quiero subir solo y sin que me anuncien. No me espera, y os ruego que no me acompañéis. Hacedme sólo el favor de darme una luz, que yo sabré encontrar el camino.

En su brusca impaciencia tomó la lamparilla de manos del hombrecillo, é involuntariamente le tocó en el pecho. En seguida, y como

si le hubiese herido incidentalmente (porque ignoraba en que parte de su cuerpo residía el nuevo poder y de que manera lo comunicaba), el químico se alejó con paso rápido y subió la escalera.

Al llegar al último escalón se detuvo y miró hacia abajo. La mujer, de pie en el mismo sitio, daba vueltas hacia uno y otro lado al anillo que llevaba en el dedo... El marido, con la cabeza caída sobre el pecho, estaba sumido en una especie de estupor... Los niños, agrupados aún alrededor de su madre, lanzaban sobre el extraño miradas temerosas y se estrechaban los unos contra los otros al verle volver los ojos hacia ellos.

—¡Vamos!—dijo Tetterby de una manera brusca,—¡todos á la cama!

—La habitación es demasiado estrecha é incómoda. ¡Vete á dormir tú solo!—contestó mistress Tetterby.

Inquieta, asustada toda la gente menuda, fué desfilando sin que se quedasen ni siquiera Juánito con Moloch. La madre, paseando una mirada desdeñosa alrededor de aquella sórdida habitación y arrojando lejos de sí los restos de la cena que quedaban sobre la mesa, se dejó caer sobre una silla y permaneció sumida en un profundo abatimiento. El padre metióse en el rincón de la chimenea, se puso á remover con mano febril el triste fuego que aun quedaba, é inclinó todo su cuerpo sobre el hogar, como si hubiese querido apropiárselo exclusivamente. Los esposos no cambiaron ni una sola palabra.

Atormentado por terribles presentimientos en presencia del cambio producido en la habitación con sólo su presencia, el químico, parecido á un ladrón que teme verse sorprendido, no sabía si adelantar ó retroceder.

—¿Qué he hecho?—se preguntó con ansiedad.—¿Qué voy á hacer?—y una voz pareció responderle—¡Ser el bienhechor de la especie humana!—Miró á su alrededor sin ver á nadie. Entonces, adelantando por un corredor que le ocultaba la vista del cuarto, continuó su camino mirando delante de sí.

—No he permanecido encerrado en mi casa más que desde ayer por la tarde—murmuró tristemente—y sin embargo todo ha variado de aspecto á mis ojos... No me reconozco á mí mismo... Estoy como si soñase. ¿Qué interés me ha traido á esos lugares? ¡Mi alma ha quedado ciega!

En aquel mismo instante encontró una puerta... Llamó; una voz invitóle á entrar, y obedeció.

—¿Sois mi buena enfermera?—preguntó la voz.—Pero ¿á qué tal pregunta si no puede ser otra?

La voz, aunque débil y lánguida, era alegre. El químico vió entonces un joven acostado en una cama puesta delante de la chimenea. Una estufa endeble, con las paredes hundidas como las mejillas de un enfermo y colocada en una especie de muro de ladrillos en el centro de un hogar que apenas daba calor, contenía el fuego hacia el que el joven tenía vuelto el rostro. El viento que penetra-

ba por el tubo de esta chimenea, hacía saltar continuamente las cenizas y algunas chispas.

—Señal de dinero, si hay que fiar en los dichos de las comadres—murmuró el joven sonriéndo.—Yo ocuparé una buena posición algún día, si Dios quiere, y tal vez me enamore de una joven á quién llamaré Milly, en recuerdo de la mejor de las mujeres.

Al decir estas palabras el joven alargó la mano como si aguardase la presión de otra mano amiga; pero continuó con la cabeza apoyada sobre la otra mano sin volverse y sin cambiar de actitud.

El químico inspeccionó rápidamente el cuarto y observó los libros y papeles del estudiante, amontonados en una mesa que había en un rincón. Una lámpara apagada y puesta sobre la misma mesa, era claro testimonio de las noches de estudio que habían precedido, causa tal vez de la enfermedad del joven... Algunos vestidos, inútiles ahora, colgaban de la pared con otra porción de objetos de los que sólo se puede hacer uso en las horas de placer y de salud. Encima de la chimenea había algunas miniaturas, entre las cuales el químico reconoció su mismo retrato.

Un día antes, la vista de estos objetos hubiese despertado indudablemente en su corazón sentimientos de simpatía; pero ahora nada valían para él y los miraba con indiferencia

Sorprendido de que tardase tanto tiempo á estrecharle la manecita que esperaba, el

estudiante levantó medio cuerpo sobre la cama y volvió la cabeza.

¡Mr. Redlaw!—exclamó apoyándose en el codo con sobresalto.

El químico alargó el brazo y le dijo.

—No os acerquéis á mí; quedaos donde os táis, que yo me sentaré.

Sentóse efectivamente en una silla col ocada junto á la puerta, y después de lanzar una rápida mirada sobre el estudiante que permanecía de pie con la mano apoyada sobre el cabezal de la cama, le dijo bajando los ojos:

—He sabido casualmente (poco os importa cómo) que uno de los jóvenes que estudian en mi clase estaba enfermo y solo. No me han dicho ni su nombre, ni su dirección. Sólo me han indicado la calle, pero al fin os he podido encontrar yendo de casa en casa.

—Sí que he estado enfermo, señor—contestó el estudiante con cierta timidez mezclada de respetuosa emoción—pero me encuentro ya mucho mejor. Era una fiebre... cerebral... según creo; pero ya estoy curado. No puedo dicir que he estado solo durante la enfermedad, porque acusaría ingratitud; sí, haría mal si no reconociese los cuidados de que he sido objeto.

—¿Os referís á la esposa del guardián?

—Sí—contestó el estudiante inclinando la cabeza como para tributar un silencioso homenage á la persona en cuestión.

El químico, que por su aire frío, monótono apático, se parecía á la estátua de mármol puesta sobre la tumba del hombre que la vis-

pera había abandonado precipitadamente su comida á la primera noticia de la enfermedad del estudiante, más bien que al hombre real y vivo, dirigió nuevamente sus ojos hacia el joven y los elevó en seguida hacia el cielo como buscando la luz necesaria à su espíritu ciego.

—Me he acordado de vuestro nombre cuando lo he oído pronunciar en voz baja: y ahora me parece recordar vuestra fisonomía... ¿Hemos mantenido muy pocas relaciones, no es cierto?

—Muy pocas.

—Habéis permanecido más alejado de mí que el resto de vuestros condiscípulos.

El estudiante hizo un signo afirmativo.

—¿Y por qué?—preguntó el químico sin el menor síntoma de interés y como impulsado por una vulgar curiosidad—¿Cómo se comprende que os hayáis ocultado de mí y os encontréis enfermo y solo cuando todos vuestros condicípulos se han dispersado?

El joven, que había escuchado las palabras del químico con creciente agitación, levantó hacia él sus tristes miradas, y enlazando las manos, exclamó con voz temblorosa.

—¡Mr. Redlaw, por fin habéis descubierto mi secreto!

—¿Qué secreto es ese? ¿Qué queréis decir?

—¡Sí! Vuestras maneras ofrecen un contraste tan notable con la bondad y simpatía con la que rebáis todos los corazones... la altersción de vuestra voz... la violencia que respiran vuestras palabras y vuestras miradas

me prueba que me conocéis. Todos vuestros esfuerzos para hacerme creer lo contrario son nuevas pruebas (¡ y Dios sabe que no las necesito!) de vuestra bondad natural y de la distancia que nos separa.

Una carcajada seca y burlona fué la única respuesta del químico.

—Pero sois un hombre muy bueno y justo —agregó el estudiante—para dejar de comprender que soy inocente de todo el mal queos han hecho y de las penas que os han ocasionado. Mi nombre y mi origen son mis únicos crímenes...

—¡Mal!... ¡Pena!...—dijo el químico riendo. —¿Qué me importa eso?

—¡En nombre del cielo!—exclamó el joven con voz suplicante y balbuciente—¡qué las palabras que entre los dos se han cruzado no os transformen hasta tal punto!... Olvidadme, y permitid que sea para vos el estudiante desconocido que se mantenía á cierta distancia del maestro que le daba la lección.... ¡Conocedmo sólo con el nombre que me he puesto y no con el de Langford!

—¡Langford!—repitió Redlaw.

Después oprimióse la cabeza entre las manos y durante un momento volvió su rostro soñador hacia el estudiante... Pero como un relámpago, la luz que acababa de iluminar su rostro se extinguió en seguida.

—Ese es el nombre de mi madre—balbuceó el joven—es el nombre que ella adquirió en la época en que pudo haber recibido otro más respetado... Mr. Redlaw, creo conocer esa his-

toria; y cuando el conocimiento de ciertos hechos se me escapa... si hay algunos puntos que me son ignorados, mi instinto suple y me aproximo á la verdad. Yo soy el fruto de un matrimonio que no tuvo nada de feliz. Desde mi infancia he oido repetir vuestro nombre con honor, con respeto y casi diría que con veneración. Mi madre me ha hablado frecuentemente de vuestro desinterés sin igual, de vuestra exquisita sensibilidad, de vuestra fuerza de voluntad, de vuestras enérgicas luchas contra los obstáculos de la vida, y asi es que desde la primera vez que oí á mi madre, mi imaginación ha rodeado vuestro nombre con una aureola. Después de esto, un estudiante como yo ¿podía buscar otro maestro que no fueseis vos?

Sin conmoverse ni inmutarse, Redlaw fijó en el joven una mirada penetrante y sombría, pero no tuvo para él ni una palabra, ni un gesto.

—No es posible deciros—continuó el estudiante—hasta que punto me he conmovido al encontrar el rastro de lo pasado en ese sentimiento de confianza y de gratitud asociado al nombre de mister Redlaw, entre los estudiantes y, sobre todo, en los más humildes. Nuestra edad y nuestra posición son muy diferentes y tengo, desde hace tiempo, la costumbre de miraros á cierta distancia, porque es para mí un motivo de orgullo el acercarme, aunque ligeramente, á un hombre semejante. Sin embargo, el que en otro tiempo ha demostrado tan grande interés hacia mi madre, comprenderá, sin duda, con cuanto placer y dolor á la vez, me libraba de sus muestras de afecto, que tanto me debian enorgullecer... ¡Ah! es que yo comprendía demasiado bien que debía contentarme con conocerle, sin que él me conociese... Mr. Redlaw—añadió—he dicho muy mal lo que os quería decir porque aun me faltan las fuerzas; pero si es que desmerezco á vuestros ojos, perdonadme... y para siempre olvidadme...

Después de este discurso la fisonomía del químico había conservado la misma expresión feroz y su mirada la misma fijeza; pero como el joven se había adelantado para tomarle la mano, retrocedió precipitadamente exclamando.

—¡No os acerquéis!

El jóven se detuvo ante este movimiento de repulsión tan extraordinario y espontáneo, y Redlaw se pasó la mano por la frente con aire soñador.

—Lo pasado ha pasado y muere como muere el bruto—dijo.—¿Por qué me habláis de las huellas que ha dejado á su paso?... Todo es locura y mentira. ¿Qué caso he de hacer de vuestras sueños insensatos? Si necesitáis dinero, aquí lo tenéis. He venido sólo para ofrecéroslo. Ninguna otra cosa me ha conducido hasta aquí—añadió, oprimiéndose la cabeza con las manos.—No hay otro motivo y, sin embargo..:

Arrojó una bolsa sobre la mesa y cayó en un profundo estupor. El estudiante tomó la bolsa para devolvérsela.